

VUELTA AL MUNDO

Todas las formas del tiempo



TONI COMÍN

Desde 1999, durante dos años, el Raval estuvo sometido a un espectacular proceso de transformación urbanística. Manzanas enteras del barrio más marginal y a la vez más popular del casco antiguo barcelonés, el viejo Chino de las pensiones de prostitutas, fueron arrasadas por grúas y albañiles especializados en derribos. Callejuelas estrechas desaparecieron por completo. Centenares de viejos edificios insalubres quedaron convertidos en montañas de escombros, montones inacabables de ladrillos y amasijos de hierros. En su lugar apareció una nueva rambla con palmeras y pisos por estrenar.

Las imágenes que ofreció el Raval durante aquellos meses –lo cuenta alguien que dedicó mañanas, tardes, noches enteras a contemplar junto con los amigos aquel paisaje indescriptible– eran de una intensidad poco repetible. José Luis Guerín, el director de cine, puso ahí su cámara durante un año y grabó doscientas horas de cinta, para testificar el proceso de transformación arquitectónica y humana del barrio. Con todo este material construyó una obra de arte de una belleza visual y conceptual extraordinaria: *En construcción*, ese documental sobradamente premiado que, como ha dicho algún crítico, debería ser considerado más bien como un poema cinematográfico.

En construcción es un ejercicio de lentitud y de contemplación. La cámara se deja atrapar por la vida del barrio, para dejar que esta hable por sí sola. Muestra extasiada la intensidad de lo que está viendo –detalles materiales, detalles humanos– para que la vida emerja en toda su simplicidad: lo cotidiano se pega a la vista como el acontecimiento irreplicable que es. ¿Qué aparece, entonces, ante la cámara? Aparecen sobre todo personas, que son quienes hacen la vida. Personas reales, la carne misma del barrio, pero que Guerín construye como si se tratara de personajes de un guión. La realidad, buceándola desde el más estricto realismo, ofrece de manera espontánea el ritmo narrativo propio de una película de ficción. No hay mejor argumento que la vida misma –sin argumento alguno– cuando se

es capaz de mostrarla en toda su pureza.

Aparecen personas como Antonio, el “sin techo” ya mayor, medio loco, que confunde la realidad con la ficción y habla de su juventud de marinero como si de una fábula se tratara. Aparecen los albañiles que hacen las obras, verdadero personaje colectivo, protagonista coral del documental. Entre ellos está Abdel, árabe, que es religioso, culto, filósofo. Y, sobre todo, líricamente revolucionario. Su primera frase, en *off*, con voz de poeta antiguo, enmarcada por una vista del alba levantándose entre las obras, dice: “El capitalismo se va a acabar. Se acabó la antigüedad; se acabó la edad media; también se acabará el capitalismo”.

Irrumpe también un personaje imprevisto: una necrópolis romana escondida bajo un edificio demolido. El pasado, siempre oculto pero siempre ahí, esperándonos en el subsuelo. Buena moraleja: cuando intentamos acabar con el pasado reciente es el pasado más remoto el que nos viene al encuentro. Guerín filma las reacciones, cómicas, de la gente. Aparece, en fin, una pareja jovencísima. Ella diríase que se prostituye, pero tampoco se sabe muy bien, porque tampoco en la vida las cosas están tan claras, y menos en el Raval. El novio, un niño, quizás es drogadicto, quizás no. Lo único claro es que no quiere trabajar, como mucho quiere ir a la Legión. Dos adolescentes que en la carrera de la vida empiezan ya de entrada en la miseria. Sólo se tienen el uno al otro, se maltratan un poco, se quieren.

Al final, llegan las familias de clase media, jóvenes, modernas, para ver los nuevos pisos y comprarlos. Y con ellas otra moraleja: al lado de los viejos habitantes del barrio, realísimos, rotos, heridos, cada uno con su drama, pero precisamente por esto con una vida inconfundible, parece que los futuros habitantes del barrio no existan. Son todos iguales, gente sin consistencia. La nueva clase media: zombies, fantasmas, copias todos de un mismo estereotipo.

Grandes lecciones, lecciones humanas, estéticas y éticas, pero nada moralizantes, se desprenden de esta película. La primera: que en el fondo de la vida sólo encontraremos, siempre, los mismos grandes temas. Abdel, Antonio, la pareja, no son simplemente personas reales, sino

arquetipos que representan esas cosas de las que habla el arte desde que nació. La necrópolis nos habla de la muerte, que nos produce miedo y risa a un tiempo. Abdel es la justicia, el bien, la épica de la fraternidad universal. Antonio es la razón y la sinrazón, el límite entre la verdad y la mentira, entre realidad y ficción. Los dos novios, en fin, son el amor. El Raval no es otra cosa que al agujero donde se concentra la historia de la humanidad entera. Un microcosmos que adquiere, desde el primer momento, grandeza cósmica, valor universal. El mundo ya puede cambiar, las grúas pueden arrasar la memoria entera de un barrio y cambiarle por completo la faz, que la vida sigue siendo siempre la misma, la misma de Homero y de Shakespeare. Hay un corazón interior que late detrás de todas las metamorfosis exteriores; y este corazón es la vida inmóvil.

En construcción –diríamos– es sobre todo una reflexión sobre el tiempo: sobre la dialéctica entre lo eterno y lo cambiante, sobre la permanencia y la fugacidad. En la pantalla, durante dos horas, aparecen todas las formas del tiempo: el tiempo como monotonía y como repetición, como pasado olvidado y como memoria que emerge abrupta, como presente constante y estático, el tiempo que se detiene, el tiempo como fluir silencioso.

En la última escena aparecen los dos novios andando por una de las calles del Raval. La cámara los capta frontalmente, retrocediendo hacia atrás: ella sube a caballito de él, él intenta subir a caballito de ella, luego siguen calle arriba, uno junto al otro. Esta escena es la única, si mal no recuerdo, en que la cámara se mueve. Y es que parece que en ella se revela la dimensión más profunda del tiempo: el tiempo se abre ahí como futuro. Un futuro sin dirección alguna, pero con la forma de una ciega esperanza. Si *En construcción* termina con ellos es porque seguramente son los auténticos héroes de la narración. ¿Qué nos dicen? Que incluso en la miseria, quererse sigue siendo el secreto de la única victoria posible. Porque sólo el amor es capaz de revelar el tiempo como pura gratuidad, esa gratuidad que se proyecta siempre hacia adelante. □

TONI COMÍN

Profesor de Ciencias Sociales de ESADE